



Dentro de ese espacio marino tan espectacular por el que nadaban, no veían rastro alguno de la gran ostra, que según el verde caballito de mar debían encontrar para alcanzar el reino de las Nereidas.

Inesperadamente, un cántico suave y apacible comenzó a sonar atrayéndolos, como por encantamiento, hacia el lugar de donde provenía, la sorpresa fue enorme cuando se toparon de lleno con una ostra de

inmensas proporciones oculta entre los bancos de corales y un entorno de peces multicolores.

La ostra se encontraba cerrada, en su interior resonaban compases envolventes, como una caja de música que contenía dulces y placenteras melodías. La primera dificultad estaba en hacer que la ostra se abriera, Pichín pensó en la pequeña varita de coral que poseía y que tenía el poder de hacer realidad los deseos a través de la petición de sus

amigos, en este caso el delfín sería el encargado de invocarlo. No hizo falta, ya que lentamente comenzó a abrirse al tiempo que aumentaba la intensidad de las melodías, parecía todo coordinado, una fuerza extraña y misteriosa les marcaba el camino a seguir, en el interior una enorme perla blanca y reluciente, les daba una deslumbrante bienvenida.

Todo era fantástico y tanto Pichín como Zepelín tuvieron la total convicción de que estaban siendo



guiados por una fuerza superior, cuando observaron, perplejos, como la perla comenzó a girar dejando al descubierto un orificio en su base suficientemente amplio como para que ambos entraran, así lo hicieron, siempre acompañados de esas sinfonías seductoras.

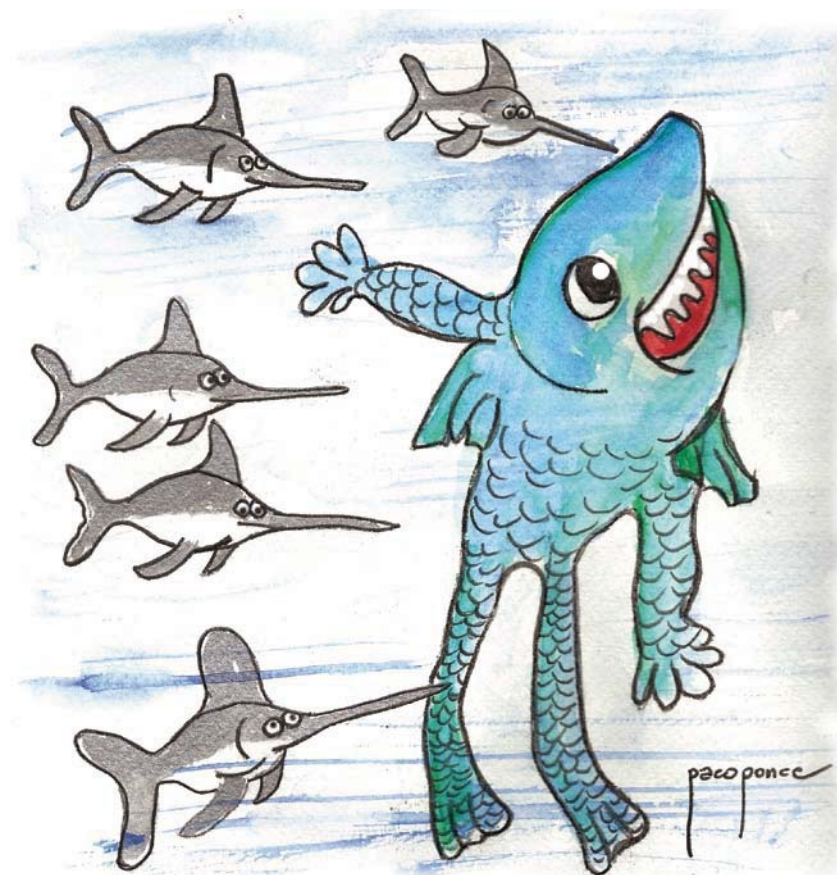
Al fondo divisaron un castillo dorado, cuyas altas torres estaban coronadas por caparazones de nácar, en forma de conos, cosidos por hilos de coral rojo.

Llegaron hasta la mismísima arcada a modo de pórtico del espléndido castillo y de nuevo quedaron atónitos cuando aparecieron cincuenta peces espada formando un pasillo de honor, franquearon aquel arco de bienvenida y llegaron a una gran explanada.

El encuentro con las Nereidas parecía inminente, algo sin embargo no anda del todo bien, sin tiempo a mayor reflexión la puerta del castillo se abrió y un ser monstruoso de tamaño considerable, mezcla de pez y de hombre, apareció amenazador.

- Sabía que vendríais, yo he sido el que os ha guiado hasta aquí utilizando las bellas voces de las Nereidas, pero ellas son ahora mis prisioneras encerradas en la torre mayor y vosotros habéis caído en mis manos.

Aquel engendro era Nauto, el capitán de un galeón que hacía muchos años había naufragado con su tripulación y a quienes salvaron las Nereidas de ser devorados por los seres marinos devoradores de hombres, llevándolos a vivir a su castillo en las profundidades del mar. Durante largo tiempo convivieron en armonía, hasta que un día descubrieron que alimentándose de ciertas algas adquirían algunas características propias de los peces sin perder la inteligencia humana,



lo que les hacía mucho más fuertes. Transcurrido un tiempo y viendo que su poder aumentaba el capitán Nauto y su tripulación, decidieron hacerse con el dominio del castillo y del reino.

Ahora, siguiendo una orden del capitán, la guardia que les recibió con aparentes honores, les rodeaba amenazándolos con sus espadas obligándoles a dirigirse hacia la torre donde los encerraron junto a las Nereidas.

Pichín se extrañó ya que en presencia de los hombres pez las Nereidas se mostraron poco comunicativas y no expresaron sorpresa ni interés hacia sus nuevos compañeros de cautiverio. Pasaron un largo periodo sumidos en un silencio preocupante. Cuando llegó la noche y todos se retiraron a sus aposentos, sigilosamente una de las Nereidas se acercó a Pichín y le dijo:

- Gracias Pichín por acudir en nuestra ayuda. Supimos de tu existencia por nuestras hermanas las Nereidas de la Tierra, tenemos la esperanza de que nos liberes del secuestro a que nos tiene sometidas el capitán Nauto, sin embargo debemos aparentar que no existe relación alguna entre nosotros para trazar el plan que seguiremos y vencer la tiranía de Nauto y sus secuaces.

Pichín la escuchaba atento empezando a comprender por qué sintió en su interior la necesidad, acuciante, de encontrarse con las Nereidas. ■

